

SUSCRICION.

MADRID Y PROVINCIAS.

Un mes. 4 rs.

ULTRAMAR.

Un trimestre. . . . 20 rs.

EL PROGRESO,

PERIODICO BISEMANAL POLITICO Y LITERARIO.

*Poco importa que un pais tenga muchas y buenas leyes escritas;
lo que importa es que, aunque pocas, se cumplan.*

MONTESQUIEU.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administracion, calle de
Tudescos, 26 y 28, pralEspecialidad para artes y
oficinas; Espoz y Mina, 4.

En las principales librerías.

SUMARIO. El Gobierno y las elecciones.—Contestacion á *La Época*:—Caballero de Rodas.—Un general de cuartel.—El fakir y el ignorante.—Ruidos.—Soneto politico.—Soneto Chassepot.—Folleín.

EL GOBIERNO Y LAS ELECCIONES.

Ha dicho uno de los órganos de la opinion en la prensa, que no encontrándose este pais en situacion ventajosa para adoptar definitivamente la forma republicana, era preciso, casi indispensable, que ante todo se preparara á ello por medio de una monarquía democrática. El periódico á que aludimos, no habrá meditado sin duda en los resultados de una monarquía, siquiera sea conocidamente transitoria. En general toda monarquía, y toda monarquía impuesta, pugna por arraigarse y hace para ello esfuerzos sublimes, pero á costa frecuentemente de la libertad. Derívanse disgustos que, al principio individuales, se hacen luego colectivos, y en últimas muy perjudiciales á la causa del trono. Las oposiciones crecen, quedan defraudadas las mejores esperanzas, y la lucha se establece, si disimulada al principio, establecida luego descaradamente. Fórmase las coaliciones, los partidos se reaniman, los mas opuestos se estrechan para conspirar, y la monarquía comparte la vida del azar, que es vida aventurera. Se puede mandar pero no se reina. El triunfo del partido que entroniza á la monarquía aparece efímero, y en extremo perjudicial á los altos intereses de la nacion. Del divorcio ya evidente entre el pueblo y el soberano, entre el poder y la opinion, surge á veces, ó un despotismo irritante, ó el repentino hundimiento de la monarquía. Esta catástrofe puede ser mas rápidamente ocasionada cuando no hombres nuevos sino rutinarios de antaño, sirven de sostenedores á ese trono tal como antes le sirvieron de abogados. Los retrógrados, los que aceptaron con ceño la revolucion, podrán, obedeciendo á un tradicionalismo vergonzante, podrán, repetimos, secundar las miras del soberano y su gobierno; pero los hijos de esa revolucion, los amantes del progreso, dividirán los primeros el campo, librándoles batalla. De la insensatez ó del buen juicio del monarca dependerá entonces la salvacion ó la pérdida irremediable del pais. Volviendo los ojos al nuestro y al punto en que ha venido á parar la llamada cosa pública? Contemplamos la posicion del futuro monarca en extremo comprometida, si tenemos en cuenta lo apuntado mas arriba. Vémosle instalado en su palacio, con un prestigio puramente oficial, y juguete ridiculo de los mismos hombres á quienes debe la corona, deuda que pesa despues del triunfo, pero enormemente, á los soberanos. Vémosle advenir al poder sin contentar partido alguno, salvo el suyo; vémosle, en una palabra, sin libertad, sin franqueza, sin confianza, bajo el terciopelo del sòlio. Una corona llevada sin satisfacciones, es

mas bien una corona de martirios. Se dirá que los pueblos pueden equivocarse y ser hombre de génio aquel que parecia menos apto para hacer á su nacion gloriosa y respetada. Es verdad. Pero eso acaee cuando ese hombre fué desconocido durante su política ó sus manejos: mas cuando se alcanza con facilidad la medida de su talento, ó bien hace Dios un milagro, ó ese hombre continúa siendo una ilustre medianía:—así nos espresamos,—porque deseáramos antes que el ridículo ó el peligro para el candidato del gobierno al trono vacante, que gobierno y candidato pudieran granjearse la benevolencia europea por medio de un golpe de tacto de parte del primero, y un proceder sensato de parte del segúndo. Y así nos espresamos, porque creemos firmemente que el partido unionista hará todo lo posible para que triunfe en las Córtes la candidatura real en ciernes, y traerá al señor duque de Montpensier. Mucho mas ilustrado que otros le creemos, sin que nos metamos en su vida privada, porque si de eso habláramos, diríamos con algun historiador, que el mismo Colon, el que llevó la luz del Cristianismo á regiones desconocidas hasta él, no era mas que un insigné avaro, un esplotador sin igual. Ni creemos que penetrar en el santuario de las acciones privadas, sea ministerio honroso de la prensa. Pero ¿qué lograrán el duque y el Gobierno con su efímero triunfo? ¿Imponer una sombra de magestad real á la opinion pública? Nosotros, liberales de buena fé, que mas que otras instituciones deseáramos para nuestra patria los beneficios propios de las instituciones democráticas; nosotros hemos perdido, si no del todo, en gran parte las esperanzas de ver por hoy, es decir, en la actualidad, en vigor: la mas liberal de todas las formas de gobierno conocidas: cuando presenciamos con dolor la desercion del señor Rivero, y su docilidad en aceptar una monarquía, cuando vimos algunos que otros hombres importantes servirles de séquito, cuando hemos presenciado las inútiles resistencias de Cádiz, no secundadas, cuando en suma á la marcha del general en jefe del ejército de Andalucía, desarmando una y otra poblacion, añadimos la marcha moral del señor ministro de la Gobernacion, cuando á todo esto hay que agregar algunos tránsfugas y alguna manera de ser rezagado *conscientie*, no esperemos golpe de Estado alguno: esperamos ó un conflicto entre entidades oficiales oriundas de partidos opuestos y animadas de distinta ambicion política, ó, lo que á nuestro juicio, es ineludible, una mayoría que cargue en las Córtes con la responsabilidad de cumplir una palabra empeñada por algunos há tiempo, y por otros despues de obtenida una triste credencial. Porque nada ha variado en España; el vivir de su trabajo ó el ser independiente es ya en este pais, una hipótesis comparable solamente á cualquier leyenda fantástica. Ni pudiera ser de otro modo, porque la rutina tiene tambien su especie de camino trazado de antemano y es ley fatál, que continúe por él. Así, pues, pese á quien pese, el rey vendrá (creemos sea el can-

didato de la Union), pero vendrá á reinar en un desierto; y ese será el resultado de la mayoría; ese, el resultado de las elecciones, *el resultado culminante*. La Union no aceptará ni por un momento, la candidatura del príncipe de Asturias (Borbon por Borbon debiera preferirse al que pudiera venir con menos desprestigio *propio*), y si no lo acepta, es porque teme futuras represalias: es decir, en España continuamos lo mismo: el bien *personal* sobre el sagrado bien del país; ni aceptaría república ni dictadura, ni una de esas monarquías: como la de Espartero, la del príncipe Sajon, la de don Casto Mendez Nuñez, y citamos al ilustre navegante, porque en nuestro concepto se ha querido hacer con él lo que el águila con la tortuga: sentiríamos profundamente que en la lucha próxima entre el duque de Montpensier y un gran principio político, fracasase el primero; no por el fracaso, sino por el desprestigio eterno de su nombre, y su anulacion tal vez para influir algun día en la política de su verdadera patria, la Francia, la cual, como sabemos, tiene en las Tullerías un soberano, y ese soberano, á su disposicion, un instrumento, un pobre niño, para castigar á los hombres de la revolucion española, por haber elevado á rey un príncipe convertido en enemigo formidable para los intereses y porvenir de la dinastía napoleónica.

A. V.

CONTESTACION A LA EPOCA.

Gran dosis de paciencia necesitarian en verdad, los cubanos, para leer con calma ciertos párrafos:—(apelamos al buen sentido de *La Época*,—para oír los magníficos arranques del espíritu de partido, ó en la mayoría de los casos, de la ignorancia.

Sugiérenos esta reflexion el empeño de que hace gala dicho apreciable *diario* al creer, no con candidez, sino guiado de un erróneo espíritu de partido, que la revolucion de Cuba debe y puede ser sofocada con medios de represion enérgicos.

¿Por ventura, cree *La Época* que falta razon á los cubanos hoy hostiles á la política del Gobierno, para empuñar las armas?

¿Cree por ventura, que las ideas no gozan de una vida superior á la vida del despotismo?

¿Se figura que es posible continúe por mas tiempo esa explotacion sin tasa, esa abyeccion á que parece condenada la isla de Cuba?

¿Y no sabe que esa abyeccion es hija legítima de la idea, tradicional en España, de no ver en aquella provincia mas que un enorme pan de azúcar levantado en los mares?

¿Hasta cuándo quiere *La Época* que dure esa paciencia de los cubanos, la de soportar en su patria formas de gobierno enteramente reaccionarias, de ver en pie abusos repugnantes, de recibir como altos empleados á hombres tachadísimos, de ver, de palpar que ni aun en *período revolucionario*, se les espide carta de naturaleza de ciudadanos españoles?

¿Quiere *La Época* que sean eternamente los parásitos de la civilizacion, ¡ellos! los vecinos de esa gran academia de libertades y de cultura llamada Estados-Unidos de América?

Demás están los soldados, y demás los aprestos guerreros. Recuerde lo que han logrado en la Península las medidas violentas: el triunfo definitivo de la libertad; la caída vergonzosa de la tiranía!

Es que la revolucion española apareciendo regeneradora en la Peninsula, aparece en Cuba monstruosa y deforme: para España es una nueva era de vida, de expansion y progreso; para Cuba un apéndice á la antigua manera de gobernar, de humillar, en una palabra, de explotar la tolerancia pública y la riqueza maravillosa de aquella provincia.

Dar la razon á la actitud de los cubanos, es proceder con buen sentido y con nobleza de sentimientos.

Recuerde *La Época* las promesas falaces hechas á esos hombres....

Recuerde su silencio, su resignacion.

Recuerde los tristes resultados de la junta informativa de Ultramar.

Recuerde en *período revolucionario*, las torpezas del general Lersundi. Los célebres despachos telegráficos mandados á esa autoridad por el ministro del ramo.

Y tenga sobre todo presente, entre las garrafales lijerezas cometidas por el Gobierno provisional, la muy grande de haber sido nombrado ministro de Ultramar el Sr. Ayala que no sabe absolutamente nada de Cuba, de Puerto-Rico, *ni de Filipinas*.

Hacer versos, es hoy moneda corriente: legislar, no es un don: no se legisla con la facilidad con que se puede hilvanar una zarzuela.

¡Tanto valdria adivinar en matemáticas!

Cuando precisamente debió nombrarse una persona idónea, un conocedor *práctico* de Cuba para el desempeño de la cartera de Ultramar, se nombró á quien ni ha estado allí, ni puede proceder tanto en lo legislativo como en lo puramente social, sino á tientas, poniendo de relieve su escasa aptitud en la materia.

Recuerde tambien *La Época* como corolario de esto, lo que *acaee* en Puerto-Rico.

Recuerde en lo que hace relacion á Cuba, que el general Dulce es la *única* esperanza del Gobierno; pero que el triste egemplo de Puerto-Rico va á servir de pie á la incredulidad de los cubanos. Y piense que el mejor acto del Gobierno hubiera sido nombrar al señor Ayala, todo, menos jefe del ramo, cuya cartera desempeña: podria haberse nombrado ministro de Ultramar á cualquier cubano ilustre, ó bien pudo reservarla al mismo tiempo que la Presidencia del Consejo el entendido duque de la Torre.

Esto último nada mas, habria evitado los conflictos que hoy deploramos en Cuba.

Desengáñese *La Época*: dos medidas serian mas eficaces que los montones de balas que insinúa; dos menos dañosas que los grandes estragos que la fiebre amarilla hará en los infelices soldados del Gobierno provisional, dos supresiones importantes.

La supresion del actual ministro, y la supresion del actual ministerio.

Lo primero es cuestion de sentido comun.

Lo segundo, de economías: y la economía es lo único que puede salvar esta nacion desventurada. Ministro y ministerio nos darian razon completa, si durante la vida oficial de los dos, se perdieran Cuba primero; Puerto-Rico despues, y en último término Filipinas.

¡Qué gloria tan envidiable!

¡Y qué responsabilidad ante la historia!

J. A. M.

CABALLERO DE RODAS.

Significativa en extremo nos ha parecido la siguiente carta relativa á los tristes sucesos de Málaga: el último párrafo condensa perfectamente nuestras ya antiguas creencias respecto á la verdadera política del Gobierno *libertador*. He aquí la carta dirigida á uno de nuestros más estimables colegas.

Sr. Director de LA DISCUSION.

Muy señor mío: Hay un adagio español que dice *Año nuevo vida nueva*; este adagio en Málaga debe convertirse en este otro: año nuevo, *lágrimas nuevas, desgracias nuevas, atropellos nuevos, muertes nuevas, asesinatos nuevos, ferocidades nuevas*.

El día primero del año de 1869 formará época en la historia de España, y particular de Málaga, llenando otra de las innumerables páginas de sangre, luto y horror.

Voy á narrar los acontecimientos ocurridos en esta capital, desde el día 27 de diciembre último hasta el día 2 de enero actual; si bien lo haré con la brevedad consiguiente al que no ha presenciado la ejecución de los hechos, y sí sólo los rastros de ellos.

El día 27 último se supo en esta el desarme de los milicianos de Jerez, el probable de los de Sevilla y el que después debía verificarse en Málaga. Estas noticias enardecieron los ánimos de la Milicia popular, ya ántes sobradamente escitados por el simpático y contagioso ejemplo de la heroica Cádiz, por las arbitrariedades de aquella autoridad con los valientes entregados por patriotismo, y no vencidos; y por los abusos y atropellos cometidos con el partido republicano en toda esta provincia por su autoridad civil. Tal estado se agravaba con la creencia fundadísima de que, desarmados los valerosos hijos del pueblo, no serían armados otra vez sino cuando más, aquellos que por indiferencia ó falta de valor no fueran capaces en un día dado y esperado de defender la libertad ni ménos la forma de gobierno republicana.

Resolvieron, pues, no dejarse desarmar sino por la fuerza. Ante esta actitud los jefes del partido determinaron celebrar una reunion, á la cual, creo, asistió el ayuntamiento y quizás la diputacion provincial. En esta reunion se acordó enviar una comision á Caballero de Rodas, para hacerle presente el estado de los ánimos en esta capital, la situacion en que se hallaba la reorganizacion de la Milicia, y creo que para pedirle próroga para concluir dicha reorganizacion y evitar la nueva lucha fratricida que para ignominia de este general se ha llevado á cabo. Salió el 28 á desempeñar este acuerdo la comision, compuesta del vicepresidente, de la diputacion provincial, del alcalde segundo y del consecuente y mas antiguo progresista de esta ciudad, D. Joaquin García Segovia. Sólo este volvió el día 29 á las diez y media ó mas de la noche con el brigadier Pavía, gobernador militar de esta plaza. Los otros dos, se dijo, habian marchado á Madrid á pedir al Gobierno que impidiese la lucha consintiendo la citada próroga.

Semejante noticia equivalia á la continuacion del propósito de desarme, y por consiguiente á la resoluion de que hubiese sangre. Así lo confirmó Pavía en una reunion celebrada con el ayuntamiento poco despues de su llegada.

Sucedió, por tanto, lo que se esperaba y temia; toda la madrugada estuvo la milicia ciudadana haciendo barricadas, y por la mañana, 30, amaneció Málaga cubierta de baluartes y parapetos para hacer frente en toda regla á los planes liberticidas de nuestro malhadado Gobierno. Ni el haberse pasado con las tropas un batallon y dos compañías de la milicia, resolviendo no batirse, ni el haberlos abandonado muchos de sus jefes, ni el haber pasado en vela mas de cuatro noches, ni el estar tan faltos de alimento como debe suponerse, atendiendo á que los vecinos acomodados han tenido que darles de comer voluntariamente á muchísimos y á que el comercio abrió una suscripcion para arbitrarles recursos de subsistencia; ni el haber estado mas de dos dias con sus noches sobre las barricadas, ni la consideracion de la extraordinaria desigualdad en las fuerzas y medios de ataque que contra ellos iban á emplear, ni nada, absolutamente,

ha sido bastante á hacerles desistir de su valiente é irrevocable propósito de no entregar las armas sino *por la boca*, de morir como buenos, de sacrificarse en aras de la libertad antes de entregar la única garantía que los quedaba contra los enemigos de ella. Málaga ha sido en menos tiempo mas heroica aún que Cádiz, si se comparan las circunstancias de una y otra capital en sus respectivas luchas.

No se hace ascender el número de milicianos que se han batido, ni á 2,000; pero en cambio no hay jefe, oficial ni soldado que no reconozca y confiese el valor, la bravura y el heroísmo de todos ellos. No referiré á V. el combate, porque ya habrá V. recibido periódicos de aquí que lo describen, pero sí diré á V. que ha habido barricadas que ni el fuego de la fragata, ni el del castillo, ni el de las muchas piezas de artillería que sobre ellas descargaban, fueron bastantes para ser tomadas en mas de tres horas. La llamada de Puerta del Mar no pudo ser tomada mas que por medio de un ardid, que consistió en entrar por detrás á acometerla, despues de una resistencia tan valerosa, que obligó á Caballero de Rodas á apostrofar *militarmente* al coronel que mandaba la fuerza de ataque, y á este á emplear el dicho ardid. La de Puerta Nueva se estuvo resistiendo con no menor denuedo mas de tres horas, y al fin llegó la noche sin que hubiera podido ser tomada por las tropas.

Heroicidades sin cuento han hecho estos valientes: es seguro que si con el mismo valor todos toman parte en la pelea, Caballero de Rodas no se posesiona de Málaga, á menos que, recibiendo refuerzos, especialmente de artillería, y con el castillo, y mas fragatas de guerra, ya antes llegadas, hubiera tomado las ruinas de esta desgraciada ciudad.

Este ejército se ha conducido en la pelea como un ejército de vándalos, como compañías de cosacos, como hordas de foragidos, como gente la mas cruel y mas feroz que V. puede imaginarse. En las casas de los barrios donde penetraban, y penetraron en casi todas, destrnían todos los muebles, todas las ropas y todos los hombres que hallaban, la mayor parte de ellos inermes, indefensos é inofensivos; así lo han visto, así lo hemos visto todos en los pobres muertos; que en número mayor de 60 habia hacinados en dos ó tres puntos: habia arrieros, viejos, una mujer, un muchacho quemado, una jovencita herida de bala de cañon, y multitud de hombres, de los cuales casi ninguno habia peleado y si casi todos habian sido echados fuera de su casa y asesinados; alguno estaba muerto con los brazos atados por detrás; otros habian sido muertos dentro de sus casas; en una entré donde lloraba una infeliz anciana porque le habian sacado tres hijos y el marido, asesinando á este y á dos hijos y mal hiriendo al otro; otra pobre señora lloraba amargamente por su esposo que, tambien sin meterse en nada, fué sacado y muerto por la feroz soldadesca: hasta dos burros hallamos en una posada muertos á bayonetazos; el dueño de una posada fué asesinado de un tiro en la cabeza, al asomarse por una puerta á decir á unos soldados que fuesen á entrar por otra; despues de muerto, entraron y le quitaron un reló que tenia: los vecinos dicen que eran tres soldados que se estaban repartiendo dinero cuando asomó la cabeza aquel desgraciado.

Pero ¿qué estraña debe ser esta conducta en soldados que conducian y jefes que permitian, si no mandaban, conducir delante como parapetos de su defensa á pacíficos habitantes, hombres, mujeres y niños, que sacaban á golpes de sus hogares para llevar ese muro de vidas inocentes con que ostentar su *bravura*? ¿Qué necesidad tenían entonces los ingenieros de destruir paredes, ni casas la artillería? ¿Cuánta ignominia para España!

He oido que la indignacion de algunos cónsules es grandísima contra tanta barbarie!

¿Qué escribirán á sus países de nuestros generales y de un ejército que así trata á sus capitales y hermanos?

Si los barrios han sido destruidos, sobre todo el de la Trinidad, por la artillería lo exterior y lo interior por la furia militar, debemos dar gracias á Dios porque la heroica resistencia de nuestros bravos impidió se posesionaran del centro de la poblacion, y la robaran y saquearan, como lo hicieron en corto rato que fueron dueños de la pequeña parte y de las pocas casas, particularmente de comercio, que pudieron tomar: públicamente se dice que á un rico comerciante le quitaron, solo en dinero, 27,000 rs., en algunas tabernas entraban,

se hartaban, destruían y se alejaban corriendo los grifos, y derramados todos los líquidos; algunos estancos fueron también saqueados; pero ¿qué mucho, si la orden que traían del general, según confesión de jefes y oficiales, era la de no dar cuartel á ninguno que se cogiera con las armas en la mano? ¡Aún debemos estar agradecidos de que no hayan asesinado á tantos cientos de prisioneros como han cogido! ¡Mas de 500 están ya embarcados, según dicen los soldados, para no sé dónde! ¡Infelices familias! ¡Y esto después de haber derribado un trono maldito! Las prisiones se multiplican sin interrupción, los hombres son expiados y buscados como podían serlo en tiempo del cínico Gonzalez Brabo.

El despotismo militar impera asquerosamente: soldado ha habido que ha penetrado, quizá borracho, en alguna casa insultando y amenazando á sus pacíficos habitantes; la seguridad individual y el hogar doméstico están á merced de cualquier cabo vengativo.

Ayer, en una calle inmediata á la plaza de la Constitución, sonó un tiro; acudieron muchos soldados, una mujer dijo que era cosa de un niño, pero llegaron también algunos oficiales, y un capitán dijo á los soldados: «¡Entrad ahí, sacad á los que encontréis y fusiladlos aquí mismo.» ¡Gracias que no encontraron á nadie!

La caballería, que se hallaba en las afueras el día de la lucha, parece que acometió y mató á algunos vecinos que salían de la ciudad para librarse de las bombas y granadas que la artillería nos prodigaba tan bárbaramente.

Los soldados, puestos en los balcones de la parte de población en que no había milicia, cazaban á los pacíficos habitantes que transitaban por aquellos sitios, confiados en su seguridad: una madre fué muerta, y herida una joven hija que la acompañaba; lo mismo hacían con cuantos pasaban, si acertaban á herirlos los proyectiles contra ellos lanzados.

No parece sino que desde el general hasta el último soldado estaban sedientos de la sangre generosa de estos valientes. ¡Qué lujo de fuerza! ¡Cuán prodigio de crueldad! No crea V. que el castillo y los buques hicieron fuego á última hora, ni después de haber visto la desesperada resistencia: el ataque empezó por estos baluartes de la tiranía; han caído bombas y granadas dentro de las casas de la población céntrica, y con la particularidad de que el anuncio previo á los vecinos pacíficos circuló tan poco, que la mayor parte de la ciudad nada supo de él, hasta que al día siguiente apareció impreso en los periódicos; por consiguiente, si la resistencia se prolonga, seguramente pereceremos todos bajo las ruinas de esta capital.

Ya habrá V. visto en los periódicos de aquí cuánto destrozo han causado las bombas en el Puente nuevo, inmediatos edificios y barrios, así como la destrucción producida en casas y personas por la inusitada ferocidad de estos *Caballeros de Rodas*: con este nombre deben pasar á la historia semejantes genizaros.

Cuando se piensa en que se han podido evitar tantas víctimas, aun dada la torpísima conducta de ese menguado Gobierno, habiéndose opuesto de antemano á la formación de barricadas con sólo colocar los suficientes batallones de la guarnición en los mejores sitios, cuando se recuerda que en la noche del día primero, las barricadas estuvieron la mayor parte abandonadas, y las restantes con muy poca gente, ya por el sueño, ya por la desanimación ó ya por la confianza de que no habían de ser atacadas, y que en esa noche pudieron ser tomadas, sin casi ninguna desgracia, por las tropas de Rodas que ya habían llegado, no se puede menos que recordar á O'Donnell, sabedor de todas las conspiraciones y dejándolas aparecer para gozarse en las ruinas, en las víctimas, en la desolación, en los horrores y en los sacrificios de los mártires á quienes debió siempre su funesto y nunca bastante maldecido encumbramiento. Lo anuncio: Caballero absorberá á Prim y á todos; y me alegraría, porque lo merecen esos siempre cándidos y siempre fatales progresistas.»

UN GENERAL DE CUARTEL.

No obstante nuestra prevención al leer las noticias suministradas

por todo agente de todo gobierno, damos algún crédito al último parte referente á la insurrección de Cuba.

Según el telegrama enviado al Ministerio de Ultramar por el general Dulce, el espíritu público mejoraba mucho. Guiados del mejor deseo y animados del afán de ver la paz en los florecientes campos de Cuba, nos aventuramos á dar todo crédito al despacho telegráfico á que hacemos referencia. Verdad es que no bien llegó el general Dulce, parece salieron dirigiéndose á Colon cuatrocientos soldados, notándose síntomas de desorden en alguno que otro punto del departamento occidental, circunstancia que á ser cierta, sería de mucha gravedad, pues no cabría duda de que por distintos puntos y todos importantes, ha empezado á traspasar el elemento revolucionario.

Las quejas que diariamente se dirigen contra el ministro de Ultramar, debieron haber sido analizadas por este funcionario. Ni por cortesía se ha ofrecido un puesto oficial á alguno de los cubanos residentes ya en España ya en el extranjero y de posición independiente.

Algún cubano de verdaderos títulos ¿tiene que agradecer algo al señor ministro ni á sus compañeros? ¿Que tendrá Cuba diputados á Cortes? Es verdad: pero vendrán también los candidatos del gobierno: por cada liberal vendrán dos reaccionarios, y apenas si lograrán ser oídos los defensores del derecho y de la nacionalidad insular.

A semejanza de nuestras futuras Cortes, donde cada republicano acompañará un numeroso y escogido séquito de diputados monárquicos. ¿Y callará la isla de Cuba cuando vea, cuando palpe los resultados de la política que viene observando el Sr. Ayala? ¿Cuándo, en una palabra, se convenza de que con más ó menos disimulo todo ha empezado y seguirá como en tiempos de D. Carlos Marfori? ¿No es colocar deliberadamente al general Dulce en una bien azarosa posición....?

Porque creemos que si la insurrección no declina visiblemente por sí, dentro de brevísimo plazo, ó no queda sofocada bruscamente dentro de ese mismo plazo, tarea tiene ya el Gobierno. Parece increíble que unos hombres como los iniciadores del alzamiento nacional; que todo lo tuvieron á la mano, todo, para hacer de la revolución un semillero de bienes, hayan suscitado tantos males dentro y fuera de la Península dando á Isabel de Borbon el gusto de hacérselos ver pigmeos á Napoleon III. ¿O creyeron los señores ministros que la nación toda admirada de sus hazañas, había de tolerar todo género de disparates y hacer lo que ellos quisieran y el día y hora que S. S. E. E. señalaran? Esto ha sucedido también en Cuba.

Pero en el fondo de la insurrección ultramarina, hay un punto negro, verdaderamente negro. Si el general Dulce continuara más y más delicado (ya que según voto público de los que le conocen, salió de Madrid bastante enfermo) y tuviera que embarcarse para España precipitadamente ¿en manos de qué general quedaría la isla? ¿había de ser en las del general segundo cabo? ¿Pero y la opinión pública, pero y las acechanzas del partido revolucionario, dispuesto á aprovechar cualquier oportunidad que juzgue favorables á sus miras? Por estas razones y otras que explanaremos más tarde, creemos que en vista de una eventualidad que ojalá no llegue, (la gravedad del general Dulce) podía enviarse á Cuba, de cuartel, un general que fuera captándose voluntades y estudiando el país, á fin de disipar todo conflicto, al recibir el mando.

Si de este modo se procediera, si en vez de creer que á los pueblos se les gobierna más que con ideas civilizadoras con balas, se pensara de un modo diametralmente contrario, seríamos los primeros en hacer justicia al gobierno, dado que á pesar de ellos estallaran sublevaciones en Cuba: en general los países tienen más sentido común y más gratitud que los individuos; y no sería la isla de Cuba la menos digna de aplauso por su sensatez.

J. A. M.

HISTORIETA INGLESA.

El fakir y el ignorante.

Preguntado en cierta ocasión un fakir por un ignorante: «¿Por qué os estáis ahí sentado y qué hacéis?» replicóle el fakir: Soy un pobre

al servicio de Dios; he abandonado el mundo por seguir el sendero que El nos ha trazado, si bien por seguirle, muchas, muchísimas han de ser las penalidades, las privaciones y las angustias que tenga que sufrir: estudio la naturaleza humana y las diversas clases de hombres de que se compone el mundo, entregados unos á los placeres de esta vida, otros al servicio de lo sagrado y de Dios. En opinion del hombre existen muchas clases de individuos; pero en el infalible juicio de Dios tan solo dos: *la de los buenos y la de los malos.*»

A esto repuso el ignorante: decís que estais al servicio de Dios, que le conoceis y que sabeis por tanto cual sea su naturaleza; permitidme, pues, que os haga tres preguntas, las que, como no logreis responder, os consideraré no tan solamente un gran embustero, sino un malvado y un impostor, que embaucáis á las gentes á fin de ganáros una vida que no es honrada. Y si así fuere, os espulsaría de aquí y me creeria con derecho á apoderarme de todo cuanto poseais.»

Respondióle el fakir: «por vuestro discurso me mostrais lo débil de vuestro entendimiento; pero acepto vuestra proposicion. Tened á bien decirme sobre qué materia deseais oír mi pobre juicio?»

Añadió el ignorante: «Reverendo padre, la primera pregunta es esta. Podeis mostrarme á Dios y decirme de qué color es? La segunda. Satanás está formado de fuego, y el infierno está compuesto de ese mismo elemento: ¿luego cómo puede el fuego hacer impresion alguna en Satanás? Hé aquí la tercera; todo lo que se hace en el mundo se ejecuta por obra de Dios y no por obra del hombre, pues el hombre es creado y nada puede hacer con poder propio: ¿luego cómo podrá el hombre hacer nada malo?»

Quedóse el fakir un momento pensativo y echóse á reír; luego tornando la vista al ignorante, preguntóle si eran esas todas las preguntas que tenia que hacerle. «Sí, reverendo padre, y os ruego que me respondais, si podeis.»

Entonces el fakir, mirando en derredor suyo, tomó un puñado de barro y haciendo una bola, la arrojó con tanta fuerza y tal acierto á la cabeza del ignorante, que le derribó sin sentido. A poco levantóse, y empezando á dar grandes voces y á pedir auxilio, acudieron los de una aldea inmediata, á quienes impuso de que aquel traidor y fementido fakir le habia dado tan gran golpe con una enorme piedra, que se sentia del todo desmayado y medio muerto.

Así que supieron el caso los de la aldea, se pusieron á injuriar al fakir, y decíanle: «Os suponeis un mendigo al servicio de Dios, y vuestra accion, que es de las mas culpables, bien demuestra que estais entregado á Satanás. Os conduciremos al punto ante el carí (juez) y allí se verá quién ha de defender á un delincuente, cuál teneis las apariencias de serlo. Así diciendo, le arrastraron ante el juez del lugar.

Preguntó el carí el motivo del atropello y de la violencia que se usaba con el pobre fakir. Respondió aquella gente: Carí sahib (señor juez) este fakir es un impostor, de genio tan violento, que casi ha matado á este pobre hombre de una pedrada que le descargó en la frente, y esta violencia la ha cometido además sin la mas mínima provocacion.

Al oír esto mucho se encolerizó el carí y quiso saber por qué habia cometido semejante atentado sin causa alguna para ello. Al ver el fakir cosas que al parecer no sentaban al carácter del carí, hubo de decirle que tambien él parecia algo arrebatado en sus juicios; con lo que mas se encolerizó el carí, considerando el dicho como una insolencia del fakir, y por eso le dijo: «vos, padre reverendo, á lo que veo, andais disfrazado de cordero, pero bien se os trasluce la oreja del lobo.» Decidme, ¿por qué indicios y por qué razones reconocéis en mí un hombre de juicio temerario?

Replicó el fakir «no os encolericéis, pues la cólera no es mas que el desvarío de la ignorancia. Pensad en esta verdad y despues en el tema de las tres preguntas de ese hombre.»

Llamó el carí al ignorante y quiso saber qué preguntas eran aquellas que hubiesen merecido del fakir respuesta tan ruda.

Al oír el carí la clase de preguntas que eran, volviéndose al fakir, dijo: «Fakir Sahib, os parece bien que en vez de una respuesta, hayais dado un tal golpe á ese hombre?»

Contestó á esto el fakir: «Con esa accion misma respondí á sus tres preguntas. Era la primera.» Mostradme á Dios y decidme de qué

color es? Mi respuesta es esta: Mostradme vuestro dolor y decidme qué color tiene, y entonces os mostraré á Dios y deciros hé cual es su color. Su segunda pregunta fué: Satanás está hecho de fuego y el infierno compuesto del mismo elemento: luego, cómo podría el fuego producir la menor impresion en Satanás? He aquí mi respuesta: está admitido que el hombre fué hecho del barro: pretende este hombre que el fuego no produce impresion alguna sobre el fuego: si es así, tampoco podrá una bola de barro hacer daño á un cuerpo de barro: queda, por consiguiente, probado por su argumento mismo, que no pude hacerle daño alguno. Fué su tercera pregunta: todo lo que ocurre en este mundo, se hace por obra del mismo Dios y no por el hombre que es impotente y nada puede hacer que sea malo. Mi respuesta es, que si nada se puede hacer por mero arbitrio del hombre, en ese caso no pude yo haberle dado el golpe, ni ejecutado nada censurable, sino que todo debió acontecer por obra del mismo Dios, segun pretendia ese hombre.

Quedo, á lo que creo, plenamente justificado por voto del mismo acusador, de la acusacion que contra mí se ha dirigido. Añádese que á no haber procedido de esa suerte, me hubiese despojado de lo que tenia.

F. M. L.

RUIDOS.

Nuestro apreciable colega *El Imparcial*, ha publicado el siguiente párrafo que viene como de molde á cuantos hemos emitido sobre los *grandes hechos* consumados por el Sr. Ayala.

A la salida del vapor correo que zarpó de la Habana el 15 de diciembre, corria por aquella ciudad y su provincia una esposicion pidiendo al Gobierno supremo de la nacion, la traslacion ó remocion del obispo de aquella diócesis.

Son de tal naturaleza los cargos que en dicha esposicion se dirigen al prelado y por otra parte el desprestigio en que parece ha caido su autoridad, que no podemos menos de llamar la atencion del señor ministro de Ultramar, para que mire con preferencia este asunto.

De dicho documento se desprende, que á instancia del capitán general, señor Lersundi, y con gran satisfaccion de los cubanos, se habia instruido un expediente en el cual esponen algunos abusos de autoridad y varias informalidades en la administracion de los fondos del seminario, obras pías y beneficencia, los cuales estaban siendo objeto de toda clase de comentarios. Si como es natural, el expediente obra en la secretaria de Ultramar, conveniente seria que el señor ministro lo resolviera á la mayor brevedad, ó lo pasara si corresponde á los tribunales ordinarios, á quienes hoy incumbe perseguir todos los delitos y faltas que los eclesiásticos cometan en el ejercicio de su cargo espiritual.

No es poco consolador el siguiente párrafo que ha sido muy bien acogido, y observacion que debemos al Sr. Villergas.

«Por poco que tarden los cubanos en conquistar su independencia, la isla de Cuba no será perdida para España. Ya se la traerán por acá cuando vuelvan algunos de los que han ido, en el caso de que hayan dejado algo de ella los que ya estaban.»

Segun noticias, D. Enrique continúa siendo el tonto de siempre: despues de haber escrito atrocemente contra la ex-reina, ha cantado la palinodia á los pies de doña Isabel: pronto sabremos que tambien don Sebastian la pide perdon por sus *antiguos servicios*.

Sírvase el lector recorrer, siquiera ligeramente, los siguientes

párrafos que publica un escritor anónimo en la *Discusion*, y líneas que recomendamos al gobierno, y sobre todo al Sr. Barrantes.

«Figúrese el Sr. Barrantes que de Francia viene un naturalista, y que entre una de las rarezas que ha tenido es la de estudiar el vascuence, á semejanza del príncipe Napoleon.

Figúrese tambien que le llega á conocer en Madrid, y que en vista de lo que le ilustra sobre sus observaciones de Filipinas, haciéndole notar precisamente cómo todo en este país degenera aprisa, «convirtiéndose á la vuelta de pocos años las hortalizas en árboles frondosos,» (¿si será andaluz el Sr. Barrantes?) y que «la atmósfera obra sobre las inteligencias tan directamente» que «altera la masa cerebral, liquidándola ó quizá petrificándola,» el naturalista comienza á racionar y se pregunta para sí: ¿Podrá ser posible que este sábio señor, habiendo estado tambien bajo aquella influencia atmosférica, haya sufrido las mismas alteraciones en su organismo y su inteligencia, como las que sufren los que han nacido en las islas descubiertas por Magallanes?

Figúrese de nuevo el Sr. Barrantes, y va de figuraciones, que el naturalista quiere darse explicacion satisfactoria, á este racionio *in pectore*, y para lo cual ruega á Vd. le escriba las siguientes palabras en vascuence, dialecto español, que supone el naturalista debe conocer mejor que él. «Mucho ofusca á Vd. la presuncion, porque viéndose aplaudido por sus buenos versos, se ha creido con fuerza bastante para torcer el curso de la Revolucion en cuanto á las colonias se refiere, y que, halagándose con su aparente triunfo, se cree un hombre de Estado con grandes conocimientos estadísticos, políticos, rentísticos, y sobre todo *fisiológicos*, con los que, falsos ó verdaderos ha conseguido embaucar al mas inocente, que incapaz ministro de Ultramar. Vuelva á sus versos y aconseje al moderno Telémaco, acompañe á Mentor en una escursión por el Parnaso, que será provechosa para ambos, siguiendo aquello de *Zupatero á tus zapatos.*»

La carta del Sr. Güell ha disgustado en general: compartimos la opinion de la mayoría ilustrada: nadie ménos que el Sr. Güell debia hablar de asuntos domésticos: por otra parte juzgar á un hombre pú-

blico como Montpensier por su vida privada, es ir derecho al error Federico de Prusia, este *grande hombre* era el más *pueril* y *mezquino* de los mortales.

Parece que el gobierno está resuelto á premiar los servicios del mariscal de Campo, Sr. Milans del Bosch, dándole el ascenso inmediato.

¡Claro está!

Es inexacto que el general Caballero de Rodas vaya de capitán general á Filipinas. Ni por un momento se ha pensado alejarlo de la Península.

Ni por un momento.

Se afirma en el mundo político que inmediatamente despues de reunidas las Cortes en Madrid, el gobierno francés se mostrará mas decidido para apoyar un candidato determinado al trono de España.

Se cree que las instrucciones recibidas por el Sr. Mercier de Lostende le invitan á dar detallados informes sobre el espíritu público de las poblaciones españolas y sus tendencias en favor de tal ó cual candidato.

En el ministerio de Fomento se ocupan en la actualidad en el arreglo del ramo de montes y su personal.

Hemos leído lo siguiente en nuestro estimado colega *La Correspondencia*:

«Ha circulado el rumor de que el Caballero de Rodas habia presentado la dimision del puesto de general en jefe del ejército de Andalucía y hasta se decia que la causa de presentar este general su dimision fué por haber el gobierno indultado á los prisioneros de Málaga.

ENRIQUETA,

NOVELA ORIGINAL.

POR ANTONIO VINAJERAS.

(Continuacion) (1),

Notad bien que son los hombres, somos nosotros los autores de este contraste.

Sí. El hombre es un animal antitético.

Todo le cansa.

La fealdad como la belleza.

La miseria lo mismo que la opulencia.

Vive con Quasimodo y con Esmeralda.

Se diria que hay en su alma un mundo de monstruos y otro de ángeles!

Acusa el lujo de las mujeres, y no ve el suyo propio.

La olvidaría, no obstante, si la viera con una flor en la trenza, y no con un adorno de esmeraldas.

No comprende cuando se irrita contra el sexo impropriamente llamado débil, que le debe la dulzura de sus afectos y el recog-

miento de sus modales; que la mujer pagana tan libre y desenvuelta, cayó ante el tipo evangélico de la mujer cristiana tan casta y resignada; que el león, de suyo salvaje y fiero, depona su bravura cuando retoza alegremente con sus cachorros y con la hembra; que esta costumbre repetida, llega á influir en él, y sucede que si ve á una madre á sus piés pidiéndole el hijo de sus entrañas suspenso por la enorme garra del rey de las selvas, perdona, lo entrega y parte...

Feliz mil veces el corazon que repite con la musa de Byron:

Tengo un seno que es todo propio mio,

do mi cabeza enferma descansó;

unos labios que rien si yo rio;

ojos que lloran cuando lloro yó!...

Las vidas de los grandes poetas y de los grandes artistas han sido absorbidas por el amor; fué el amor profano, fué el amor místico, de todo hubo.

Rafael murió á los piés de Vénus.

Petrarca á los piés del tipo ideal de su alma cristiana.

Nos hemos propuesto bosquejar un tipo, una de las mil fases del carácter de la mujer virtuosa; ninguna pretension anima y mueve nuestra pluma.

Nos guía el corazon. A él apelamos; á su misterioso concurso para emprender la marcha; no á la filosofía que pudiera quitar colorido al cuadro.

Ni aun somos en verdad originales...

La actual y triste historia es contemporánea, y la hermosa protagonista, sublime en sus satisfacciones y en sus desventuras, atraviesa á los veintidos años de su vida, el mismo borrascoso mundo que la Sagrada Escritura tituló;

«Valle de lágrimas.»

(1) Véase el número 2.

Podemos asegurar que son invenciones de los noveleros y de los enemigos de la situación. El general Caballero no ha hecho dimisión de su destino; lo que ha hecho ha sido escribir particularmente, que no siendo necesario aquel cuerpo de ejército por creer ya sin fuerzas á los enemigos del orden, es de parecer se disuelva. Mal puede ser su dimisión por el motivo que se supone, cuando el indulto fué concedido por el gobierno, como todo lo hecho por aquel general en estas circunstancias.

El Sr. Caballero, á consecuencia de la disolución del ejército, vendrá á Madrid á ocupar el puesto de director general de artillería.

Por nuestra parte seguimos creyendo que algo y aún algo ha pasado.

Guerra á la unión! hé aquí el lema de los partidarios de uno de los dos bandos oficiales que se disputan el imperio del país.

¡Guerra á la unión! exclaman los progresistas acaudillados por el conde de Reus.

Y entre tanto el ministerio de la Guerra no está en manos de la unión liberal.

Y entre tanto el general vicalbarista Caballero de Rodas, viene á Madrid, dejando por concluir su obra de pacificación revolucionaria.

Y entre tanto el ayudante del Sr. D. Juan Prim, general Milans, reemplaza al vicalbarista.

Y la escisión entre los dos generales es ya un hecho.

Es decir, se han deslindado los campos.

O Roma ó Cartago.

O unión liberal ó partido progresista.

La democracia está para merecer.

Damos las más encarecidas gracias á nuestros importantes colegas la *Reforma* y el *Cascabel* por el favor que nos dispensan, en el solo hecho de ocuparse de nuestra naciente publicación, y mucho más al dirigirnos palabras que nos honran y animan. Si no fuéramos parte interesada, diríamos que la imparcialidad que con nosotros muestran, prueban la rectitud que les distinguen y la laboriosidad con que con-

sagran su atención á cuanto pueda inspirar algún interés al público. Y la imparcialidad es *rara avis in terra*.

Reiteramos las gracias á la *Reforma* y al *Cascabel*.

Sentimos profundamente el percance ocurrido á nuestro apreciable colega *La Igualdad*.

Si ha podido existir la denuncia, en qué derecho se ha fundado la recogida?

Porque la recogida es el secuestro: la expropiación.

Cómo se dirigen inculpaciones de *socialismo* cuando dan el ejemplo los agentes del poder?

Y con motivo de este hecho; vivimos en plena dictadura ó á la sombra de los derechos proclamados por la Revolución de Setiembre?

Ha dicho el *Gaulois* que el Sr. Mon ha salido de París para España, acompañado de un sobrino suyo y que proyecta presentarse candidato á las elecciones.

¿Hablará el ilustre astur de aquella inadvertencia de los dos sombreros cuando todo atribulado fué á ver á la ex-Reina?

Leemos en un diario malagueño:

«Se nos ha dicho que el Sacramento va á ser trasladado desde la catedral al Sagrario, para volver á bendecir nuestra basílica, que ha sido profanada. Si esto es cierto y verdaderas las causas que se dicen lo motivan, nos abstenemos de todo comentario y detalle por el buen nombre de esta ciudad, cuya cultura, cuyo buen sentido moral, cuyos sentimientos humanitarios, cuya piedad están padeciendo notablemente hace algún tiempo, en tales términos, que llenan de dolor y de angustia á todos los buenos patricios.»

Después de esto bueno es que los mal conocedores de la palabra República se fijen en el siguiente aforismo de Gonzalez Brabo.

«Es necesario trabajar en favor de la república, porque la república ha de ser el paso para la reacción.»

¡Ojo señores comunistas y socialistas! D. Luis sabe lo que se dice

ENRIQUETA.

I.

No hay espectáculo más grandioso que el de la Semana Santa. En pocos días presencia toda una nación el poema brillante de la muerte y resurrección de aquel Hombre divino que destruyó la esclavitud, escribiendo con mano firme en la puerta del mundo la palabra Libertad. Todos en general, grandes y pequeños, ricos y pobres, necesitados y hartos, acuden á los templos y se sienten transportados á los primeros tiempos del Cristianismo. El milagro siempre es nuevo. Pasa un año y otro, pasan siglos, y las naciones católicas no abandonan la piadosa costumbre; confiesan sus pecados, oran con fé, oyen devotamente la mágica palabra de los sacerdotes, y purifican su alma humedeciendo la frente con agua bendita y fecundando el espíritu con una creencia más sólida.

II.

La Semana Santa es una especie de Biblia en siete hojas, explicada por el labio de la Religión. Aristocracia y plebe abandonan el lecho, descuidan galas, el padre toma la dócil mano de su hijo todavía niño, su esposa conduce á sus tiernas hijas, y llegan todos á un edificio, en cuya puerta no hay fuerza armada, y sin embargo reina el orden... una multitud de pobres eleva sus plegarias al Todopoderoso, y el rico da una limosna, el pobre deja caer su óbolo, todos se descubren con respeto, y entran en ese edificio singular cuyas columnas son siglos y en cuyo misterioso fondo se descubre un altar, sobre este un madero, y en él la imagen ensangrentada del Redentor.

III.

Allí la ambición se humilla, la pereza se aflige, el amor impuro convierte sus ojos á la propia conciencia, la vanidad se enoja de sí, y un género de misterio infunde fervor, impone silencio. Parece que la naturaleza va á levantarse como un juez, y que la noble imagen del Hijo de Dios se prepara á revivir y derramar el bien de un momento á otro. Entonces es cuando el corazón siente y deplora la pequeñez de la dignidad ó de la soberbia humana: no se vé en el altar una cruz de marfil y un Crucificado con corona de oro: la cruz es tosca, y la corona de Cristo es de espinas, que fueron hábilmente entrelazadas por la mano de la ingratitud.

IV.

Una corte tan bulliciosa como la capital de la Monarquía española está en silencio, y el monstruo de la política yace encadenado por las mismas manos que han de salvarlo de sus grillos: la espuma de la vida, lo supérfluo, ha desaparecido, y queda á los ojos de Dios la verdad última, el valor intrínseco de cada alma. De tiempo en tiempo las campanas arrojan al aire un sonido majestuoso, cuya vibración dura macho tiempo en la tierra antes de llegar al cielo. El oficio de la Misa comienza, y el ministro de Dios ve ante sí una multitud inmensa, dramas silenciosos pero infinitamente variados, corazones desemejantes, odios é intrigas, amistades y penas, todo atado en un sólo lazo, todo hacinado á los pies del Hijo de Dios.

si se repiten los horrores de Antequera. En los Estados-Unidos la república es el orden.

La Discusion dice á propósito de Carlos VII.

Carlitos el Terso, que ha tomado por lo serio lo de sus derechos al trono, hace que su criada le dé el tratamiento de *majestad* y sigue todas las costumbres de los reyes compatibles con la economía.

El día de Reyes, según dice un telegrama, regaló el traje que llevaba puesto, al señor conde de Algarra, como hacían sus antepasados con los duques de Híjar, como condes de Rivadeo.

Dicho traje se compone de una americana que podía quedar muy decente en mudándole el cuello, un poco suelo de grasa, y de unos pantalones que apenas llevan dos años de uso.

La entrega se hizo con toda solemnidad. La criada de D. Carlos, con la americana y los calzones régios en la cesta de la compra, fué en la tartana del tío de su amo, tirada por un caballo, á la casa del Sr. Algarra, y evacuó su comisión pronunciando en aquel solemne acto un discurso en latín escrito por Garrulla.

SECCION LITERARIA.

A MI NOVIA.

Soneto político.

Hoy que se puede sin causar encono
Votar un candidato libremente,
Para que ciña la serena frente
Con diadema real, y ocupe el trono,
Déjame tu que en inspirado tono
Mi voz dirija á la española gente:
Que así te pruebo mi pasión ardiente

V.

Y cuando el sacerdote levanta el cáliz, la multitud siente que su alma sube como un océano atraído por el sol... los ojos vacilan, la conciencia de cada cual palidece, el corazón ve que las bóvedas de piedra del templo se entreabren, y mira el cielo lleno de coros de ángeles... La sangre del Cordero es apurada por el ministro del Señor, y los ojos se buscan, y en una palabra, hay un choque de sonrisas que parece decir:—Amémonos todos: todos hemos sido salvados!

VI.

No es este un milagro? Diariamente se nos dice que el Cristianismo no es una revelación: que ya no existe milagro alguno. Sin embargo, los Monarcas se sostienen en sus tronos fiados en sus ejércitos y en la rigurosa disciplina: Cristo se sostiene por sí como el mundo en el vacío. Su legión es la humanidad. Legión sin espada, legión de oraciones, de culto gratuito. A pesar de esto, quién se atrevería á penetrar en el templo y arrojar contra el suelo la sagrada Forma? El anciano se tornaría en león, el mozo se lanzaría contra el hereje, la madre abandonaría sus hijos al peligro del tumulto, y las vírgenes subirían á las torres, y estremeciendo con violencia las campanas, clamarian fijando sus miradas en el cielo:—Socorro, amparo para el Hijo de Dios! Tal es el milagro extraordinario, al cual no damos valor, porque toda costumbre rebaja el mérito.

VII.

El Viernes Santo es un día tan grande como toda la eternidad.

Y así también mi patriotismo abono.
Nunca jamás de la belleza el cielo
Se vió en mujer tan seductora y pura,
Cual ¡oh españoles! en mi novia hermosa:
Hacedla Reina del hispano suelo;
Y desde el trono brindará ventura
La blanca estrella de mi amor preciosa.

A S. M. I. NAPOLEON III EX-PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

Soneto Chassepot.

¿No es verdad Napoleon que tu meditas
Ver si se enreda la maraña hispana,
Surgiendo una república tirana,
Trayendo tu las águilas malditas?
Por eso á danzas y vervena invitas
A los Borbones, y querrás mañana
Que firmen una deuda soberana
Si al niño *amparas* y el *motin* evitas.
Hay tres nombres fatales en tu historia:
Cavour, Bismark, y Méjico: y presumo
Que España servirá de cachetero:
Si hay República aquí, será con gloria:
¡Y posible será que torne en humo
Otro sol de Bailen tu imperio entero!

J. A. MALIBRAN.

MADRID: 1869.—Imp. de la Viuda de Martínez. Manzana, 15.

Diríase que Madrid es el mundo, y que ese mundo es un sepulcro. Parece el cielo una loza azul sembrada de estrellas, sembrada de misterios! No hay ruido alguno que interrumpa el silencio de ese gran día: la naturaleza entera sufre, y cada familia es un consejo de religiosos: cada casa un templo. Falta el sol de la civilización. Una de las grandes fuerzas de la vida se ha extinguido. El corazón de la mujer que ama, es de Dios, y el hombre que la adora, piensa en el Sér eterno, manantial de bienes y de esperanzas... Su divino Hijo, el Verbo, ha muerto, y la luna, astro de esperanzas, aparece con una orla negra por el horizonte inmenso de los cielos.

VIII.

Entonces España es la nación fanática y caballeresca, el templo de las naciones. La espada no lanza resplandores de sangre, pero esplende con rayo purísimo en manos del pueblo. El pueblo espera la resurrección de Cristo, y nada mundano sería capaz de interrumpir su éxtasis y su devoción: en Sevilla como en Madrid, en Madrid como en Málaga, en este poético puerto como en Barcelona, quién no toleraría, si inevitable fuese, la nueva irrupción del mahometano, en tanto se limitara á devastar los campos, pero no á tocar ni el más leve pliegue del manto de la imagen menos venerada?... El pueblo sigue en silencio las procesiones durante la sacra Semana: el lujo de ellas es asombroso. Acuden gentes de Roma para admirarlas en Sevilla, y podría decirse que toda España está de rodillas, no al pie del trono de su Reina, sino á los pies del Rey de los Reyes.

(Se continuará.)